

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 40  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## VIAGE A ITALIA.

### VENECIA.

PLAZA DE SAN MARCOS.—LA CATEDRAL.—EL PALACIO DUCAL.

Nada hay mas encantador que el marchar al través del hermoso camino que conduce desde Padua hasta Fusino, guarnecido por ambos lados de una multitud de casas de campo de caprichosa y variada arquitectura, con magníficos terrados que ostentan jardines suspendidos en los aires y adornados de estatuas; casas de campo que revelan al pasajero su nobleza, y hacen alarde de su elegancia exterior, y que están precedidas algunas de parterres poblados de mil flores y odoríferos arbustos en donde las miradas no pueden menos de detenerse con complacencia. Este espectáculo encantador está iluminado por el sol de la Italia, que se refleja en los lagos que surcan pequeñas barcas y góndolas ligeras que suben y descienden con rapidez el rio y el canal cautivando los ojos.

En Fusino hay que dejar el carruaje para entrar en una góndola, único carruaje que se usa en Venecia, especie de cámara fúnebre cubierta con una bayeta negra con grandes borlones, porque desde el tiempo de la república, para evitar el lujo que desplegaban los venecianos en estas embarcaciones se fijó que todas fueran iguales y ataviadas con esta fúnebre cubierta.

Conducian la góndola dos hombres, el uno con un remo por delante, y el otro por detrás. El espón que lleva la proa es un grande hierro en figura de cuello de cigüeña guarnecido de seis dientes largos, y sirve para mantener la góndola en equilibrio. Las maderas están pintadas de negro, y negro es también el lienzo que cubre el pabellón, negras las banquetas, negros los almohadones, y por dentro y por fuera todo es negro: es la imagen del sepulcro. Una pequeña ventana permite ver las innumerables góndolas que pasan, repasan, cruzan, se deslizan, y hien den las ondas.

Tres cuartos de hora navegamos para pasar una lengua, ya sobre un mar muy tranquilo, ya sobre las lagunas, especie de lago, de que solo las separan bancos de arena.

Sorprendente es la vista de Venecia que se levanta en medio de estas lagunas, y que nosotros conocimos aislada enteramente de la tierra en el año de 1842. Entonces se comenzó a construir por los austriacos un puente que la comunicase con el continente, y sobre el que se ha establecido después un camino de hierro. Este puente colosal se ha terminado, y ha quitado á Venecia toda su poesía, toda su originalidad; para entrar antes en la ciudad de los *Dux* era indispensable llegar en góndolas.

Un antiguo palacio que perteneció al poderoso señor Loredano, está convertido hoy, huérfano de su dueño, en un hotel ó fonda sobre el canal grande. Desde allí vimos en perspectiva muchas islas, y observamos el movimiento continuo que hay sobre las lagunas.

La plaza de San Marcos es una de las cosas primeras que visita todo el que llega á Venecia. Es la única que hay en la ciudad; muy grande, muy adornada. Su

conjunto extasia, sus detalles son muy curiosos y merecen un completo exámen. En este lugar, y en el recinto que ocupaba en otro tiempo una iglesia, Eugenio Beauharnais en tiempo de Napoleón hizo construir quince magníficos arcos que sostienen un piso con quince nichos, y en él hay catorce estatuas de generales franceses.

En el otro lado se ve la iglesia metropolitana de San Marcos, cuyas siete cúpulas, la una grande y las otras pequeñas, hacen un efecto admirable. Tienen de largo 444 pies y de ancho 180, estando el piso perfectamente embaldosado con lápidas de mármol.

En el costado derecho de la plaza hay 40 arcos muy anchos, sobre los que se han construido magníficas casas. En el costado izquierdo hay 50 arcos un poco menos anchos, y después de este edificio, que seguramente es mas antiguo que el otro, hay la torre que se llama del Reloj. El cuadrante marca los meses, las fases de la luna y las horas. Por medio de resortes ocultos, al sonar las horas se abren unas puertas, y aparece un ángel con una trompeta; pasa delante de la estatua de la Virgen, que está encima seguida de tres magos que adoran el niño Jesus; dos negros dan con unas mazas sobre la campana y después se vuelven á cerrar las puertas.

En medio de esta torre hay un gran león y un dux de rodillas delante de él.

Sobre esta plaza misma, y un poco aproximada al

bolaban la bandera de Candia, la isla del Mediterráneo, la de Chipre, y la de la Morea. Bajo los arcos de la derecha y de la izquierda de esta plaza se ven magníficas tiendas de sedería, de modas y de joyas, porque los venecianos son muy especiales en este género. En el buen tiempo á lo largo de estas grandes galerías se colocan sillas como en los paseos de España, y acude la gente á tomar el fresco.

De todas las maravillas que encierra la plaza de Venecia, plaza que á nosotros nos ha parecido la primera del mundo, aun después de haber visto muchas veces la suntuosa plaza de San Pedro en Roma y la magnífica de la Concordia en París, la mayor es la iglesia de San Marcos edificada en el siglo X. La fachada estraña y singularmente rica excita la admiración. Presenta tres figuras de bronce traídas del templo de Santa Sofía en Constantinopla. Después cinco arcos ó mas bien medias cúpulas doradas enteramente con los zequies cogidos á los sarracenos, y sostenidos por dos órdenes de columnas góticas, empero elegantes y esbeltas. Encima de la gran puerta están colocados los cuatro caballos antiguos de bronce dorado que se atribuyen á Lisipo, escultor y fundidor griego. Estos caballos sirvieron para el carro del Sol que decoraba el arco de triunfo de Neron, y fueron por Constantino transportados de Roma á Constantinopla cuando aquel emperador estableció la capital del mundo en el Oriente. Estos caballos, que no obstante lo pesado del

bronce han viajado tanto en el transcurso de los siglos, han visto también la magnífica plaza del Carrusel en París, porque el emperador Napoleón Bonaparte los trasladó para colocarlos delante del palacio de las Tuilerías; pero al hacerse la paz en 1814 en el congreso de Viena, el Austria que se había apropiado los restos de la república de Venecia, el Austria cuyos soldados guarnecían con los cosacos las plazas de París, hizo tornar los caballos de la Grecia, testigos de tantas mutaciones y de tantos sucesos, y han vuelto á colocarse sobre la puerta del templo de San Marcos. Mas alto, sobre estos caballos, y sobre tres lados del edificio corre una galería de mármol, y de allí parten aun cinco arcos que cada uno tiene una estatua. El arco de en medio, que sobrepasa á los otros, tiene la estatua de



Vista de la plaza de Venecia.

lado derecho, se levanta la torre cuadrada de San Marcos, que descansa sobre pilares de madera clavados en la laguna, y que tiene 260 pies de altura. Llámase también el *Campanille* ó Campanario, porque en todas las iglesias de Italia, á diferencia de lo que sucede en España y otros puntos de Europa; las torres y campanarios están aislados y separados del edificio principal de la iglesia. En la cumbre de esta torre hay un ángel dorado que sirve de veleta. Tres pequeñas columnas góticas decoran las ventanas ojivales, por las que escapa el sonido de una campana de volumen tan considerable que se oye á muchas leguas de distancia. Delante de la iglesia hay tres columnas truncadas que no tienen mas que cinco pies de elevación, cuyo pedestal es de bronce primorosamente labrado, y que sirven de base á tres grandes mástiles sobre los que en todas las ceremonias religiosas y civiles se enarbola un estandarte. Estos estandartes se colocan en memoria de las antiguas conquistas hechas por los venecianos. En otro tiempo los señores de la serenísima república enar-

San Marcos, de mármol de Carrara, y á sus pies un enorme león de bronce dorado. Esta segunda fila de arcos sembrada de oro de zequies, adornada de mosaicos, de figuras y de guirnalda, está sostenida por columnas de pórfido, de mármol oriental, de verde antiguo, prodigalidad inconcebible de adornos para el exterior. El interior de la iglesia corresponde á la magnificencia de su exterior, y presenta una construcción enteramente particular y difícil de describir.

II.

Venecia es seguramente la segunda ciudad del mundo que posee numerosas y magníficas iglesias. Roma tiene su incomparable San Pedro, y Venecia hace relucir al sol como un manto sembrado de oro y pedrería las magnificencias orientales de la basilica de San Marcos. Miguel-Angel, Rafael y los autores de la época del renacimiento, han decorado la basilica de Roma; Venecia muestra con orgullo los talentos de los arquitectos



góticos y árabes. Roma tenía por modelos todas las obras de la antigüedad y las ruinas monumentales de la antigua señora del mundo; Venecia solo ha tenido los despojos que saqueó de la Grecia y del Asia para levantar su inmortal basilica, teniendo que construir en medio de las aguas hasta el terreno sobre que la levantaba.

El interior de la iglesia es suntuoso. Sus paredes están enteramente cubiertas de mosaicos, cuyo fondo es de oro, embellecidas con dibujos y grandes figuras de los santos apóstoles. El pavimento es un inmenso tapiz de mosaico levantado por algunas partes á causa de haberse hundido en otras el edificio construido sobre pilares de madera clavados en la laguna. Esta iglesia ha sido llamada *La chiesa aurea*, la iglesia de oro. Tintoreto, Ticiano, Ticiano y otra porción de pintores célebres han pintado los cartones que sirvieron de modelo para estos mosaicos. Algunos sepulcros antiguos de los Dux y los principales patricios de Venecia se ven en la bóveda que se llama *el tesoro de San Marcos*; pero la costumbre de enterrarse allí fué abolida después. El tesoro de San Marcos era riquísimo: después de la agregación de Venecia al Austria por el tratado de 1797, la mayor parte de este tesoro ha sido transportado á Viena. Saliendo de la iglesia se ve á su lado el palacio ducal. En el ángulo de la iglesia á la parte de afuera se ve la basa de una columna de pórfido á la que se ataban los culpables condenados al destierro.

Al lado derecho de la gran plaza, una mas pequeña forma con la primera un ángulo recto y se llama la Piazzeta. A la estremidad, cerca de la laguna, y á la parte del Mediodía, se alzan dos columnas de granito traídas de la Grecia en el siglo XII. Sobre una de ellas está el león alado de bronce, que también fué á Paris con los caballos que hay sobre la catedral; sobre la otra está San Teodoro, magnífica estatua de mármol del antiguo protector de la república.

En esta Piazzeta está el *palacio ducal*, donde domina el estilo árabe. Dos siglos se necesitaron para construirlo. Debióse tan magnífica obra á los Dux Faliero y Foscari; el primero murió decapitado; el segundo privado de su corona ducal. Tres arquitectos hicieron los planos, Calendario, Bartolomeo y San Sovino. Los dos Bellini, Ticiano, Tintoreto y el Veronés cubrieron sus paredes de magníficas pinturas. Esta obra, única en su género, apareció entre el XIV y XV siglos. La fachada ofrece diez y ocho arcos con columnas de mármol; siete ventanas, la de enmedio tiene un balcón y en lo alto una galería con adornos del mas esquisito gusto. En el ángulo de este palacio se hallan colocadas cuatro pequeñas estatuas de pórfido traídas de la Grecia. En el patio hay veinte y cuatro arcadas á un lado, y trece al otro, y tiene dos pisos; en medio hay dos cisternas rodeadas de ocho estatuas traídas de la Grecia. En este patio cuadrangular se ven dos anchas escaleras que conducen á la galería superior del edificio, la primera se llama *la escalera de Oro*; la segunda, *la escalera de los Gigantes*; la última ha tomado su nombre de dos estatuas colosales de San Sovino que representan á Marte y á Neptuno.

En lo alto de esta escalera, era donde el Dux recibía el *coro ducal*, que era un gorro puntiagudo guarnecido de oro y piedras preciosas. En la meseta de esta escalera también se representó un drama terrible; allí el verdugo hizo caer la cabeza de Marino Faliero, Dux que había conspirado contra la república. La memoria de su crimen se ha perpetuado poniendo en el lugar que debía ocupar su retrato en la galería de los Dux un cuadro, en cuyo fondo enteramente negro, se leen estas lacónicas y terribles palabras: *Hic est locus Marini Phalieri, pro criminibus decapitati*. «Este es el lugar de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes.»

Sobre esta misma meseta también el desgraciado conde de Carmagnola, general de los ejércitos venecianos, fué arrestado y conducido á la muerte en medio de una fiesta que se celebraba por sus victorias contra los enemigos de la república.

Unos cuantos escalones mas arriba de esta terrible meseta estaban las dos famosas bocas de los leones, abiertas siempre para recibir las delaciones anónimas contra cualquier ciudadano. Las cabezas de los leones han desaparecido; empero quedan aun los huecos en donde fueron colocadas, y nosotros hemos puesto la mano en aquel terrible sitio que recibió tantas delaciones y ocasionó tantas víctimas!

El palacio del Dux permanece como en los tiempos de la república; nada absolutamente falta mas que los terribles huéspedes que lo ocupaban. Está intacta la sala donde se reunía el Senado; está la sala donde se reunía el Consejo de los Diez, delegados por el Gran Consejo para ejercer su poder tiránico; mas lejos está la sala de los tres inquisidores de Estado, es decir, el despotismo reducido á su mas sencilla expresión, y que hacia temblar al pueblo, á los patricios y al Dux mismo por la severidad de sus sentencias. Las paredes de esta habitación estaban cubiertas de un color negro; Napoleon las hizo desaparecer y después se han cubierto con papel de diversos colores.

Sobre esta sala estaba la de la Inquisición; seis escalones conducen á ella. Hoy está enteramente desnuda y por una escalera que se halla inmediata se subía á los prisioneros que hay en lo alto del palacio, cubiertas de plomo y se llamaban *los plomos de Venecia*, verdadero horno, mas terrible que el toro de bronce del tirano Falaris. El sol ardiente de Venecia hacia intolerable la mansion en esta especie de azoteas. Por otra escalera secreta que hay en la misma sala de la Inquisición, levantando una losa del pavimento se hacia

bajar á los presos al puente cubierto llamado *punte de los Suspiros*, sobre el cual habia dos puertas; por la una se entraba en la prision, por la otra los grandes criminales eran introducidos en veinte y cuatro calabozos espantosos. Estos calabozos permanecen aun intactos como en tiempo de la república y se llaman *los pozos de Venecia* porque están dentro de las mismas lagunas.

Nosotros hemos copiado algunas inscripciones trazadas por los infelices que allí habitaron.

Nosotros vimos aun las manchas de sangre de un pequeño cuarto donde el verdugo ejercía su fatal ministerio, cuarto que tiene una pequeña ventana, la cual servia para entregar á las góndolas en las altas horas de la noche el cadáver del ajusticiado, y este con una bala atada á los pies era llevado al medio del canal Orfano y arrojado en el fondo en un parage reservado para este objeto, sitio donde era prohibido bajo las penas mas severas á los venecianos el pescar. Cuando los franceses ocuparon á Venecia se permitió al pueblo entrar en los calabozos durante tres dias, y destruyó algunos objetos que servian para el tormento; empero han permanecido intactas las paredes que dan una idea bastante cabal de los tormentos que allí se sufrían.

El puente de los Suspiros, da comunicacion al palacio del Dux con el edificio que sirve de cárcel. Llámase de los Suspiros por los muchos que debieron exhalar en este lugar siendo el sitio por donde eran conducidos los criminales al palacio del Dux. Este maravilloso palacio que tenia dos prisiones, en lo alto *los Plomos*, en lo bajo *los Pozos*, puede decirse que era también una verdadera prision para el Dux, cuyo poder, autoridad y prerrogativas se habian estrañamente reducido desde el siglo XIII. El Dux era un verdadero ilota; la soberanía efectiva residia en el Gran Consejo, la administracion en la Señoría, la policia de estado en el Consejo de los Diez; era el Gran Consejo, y no el Dux, el que nombraba los senadores, ministros, los miembros de los tribunales, gefes de la policia y toda la administracion civil y militar. Referir las hermosísimas pinturas que contiene este palacio es enteramente ageno del objeto que nos hemos propuesto en este artículo.

Venecia es una de las mas considerables y mas ilustradas ciudades de la Italia; sino decimos de las mas hermosas no la ofendemos. Salida de la espuma de las ondas es maravillosa por la manera estraordinaria con que se ha formado, por las prodigiosas ventajas de que goza, y por el alto grado de gloria á que llegó. ¡Qué espectáculo tan singular presenta á nuestra vista! Es imposible á aquel que no la ha habitado formar una idea exacta de su cuadro. Nosotros no hablaremos de su esplendor sin igual. Ha desaparecido, su poder incomparable se ha eclipsado. Su larga prosperidad ha concluido; esto pertenece al dominio del historiador y no al itinerario del viajero; pero bueno será que en cuatro líneas esponamos las causas que la dieron nacimiento.

El cuerpo gigantesco del imperio romano espiraba: todas las partes que le componian desunidas eran impotentes para resistir á los pueblos del Norte que habian hecho de la Italia el teatro de sus sanguinarias conquistas. El año de 400 Alarico entra en Italia, marcha sobre Roma, y esta sufre su yugo. Muere repentinamente; Ataulfo, su cuñado, le sucede. En 412, después de haber saqueado la Italia, sale para devastar otros contornos. Los venecianos, largo tiempo fatigados de los males que les habia causado la irrupción de los bárbaros, buscan un retiro inaccesible, y se refugian á las islas deshabitadas que están en el fondo del golfo Adriático y en la embocadura del Brenta; allí no encuentran mas recurso que la pesca. Una de estas islas llamada Rialto servia de puerto á los paduanos. En la época de la invasion de los godos, las familias de Padua pensaron hacia el año de 424 de edificar al rededor de Rialto algunas casas; tal es el origen de Venecia; tales los débiles principios de una ciudad que fué después la capital de una república durante trescientos años y de un estado casi monárquico hasta fines del siglo XVIII.

La imaginacion se representa difícilmente una ciudad de 80,000 habitantes, habiendo tenido antes el doble, flotando en medio de las aguas. Edificios magníficos, palacios suntuosos, edificado todo sobre pilares de madera clavados en las lagunas; sin puertas, sin fortificaciones, está atravesada por un número de canales que ofrecen al menos 450 islas, comunicando entre si por 306 puentes, y son otros tantos cuarteles ó barrios de una sola ciudad; pero para preservarla de los ataques del temible elemento, y aun de los choques de las ondas, la lengua de tierra separada del mar y de las lagunas, ha sido guarnecida con una gruesa muralla que se estiende mas de dos leguas, obra digna de los antiguos romanos, y que se llama *el lido de Palestrina*. El trasporte de todos los objetos de consumo, el de los hombres y las cosas, se hace únicamente por góndolas que llegan hasta las mismas casas, porque no hay calle ninguna. Las menores barcas no podrían entrar en los canales ni moverse en ellos; así es que se valen únicamente de estas góndolas, que son de una construcción particular. Las pocas calles que hay en tierra firme son feas y estrechas, y como la mayor parte de las demas son canales, no se encuentra en ellas á casi nadie, nadie está tampoco en las ventanas; no hay coche ninguno; no se ven animales de ninguna clase por las calles, y el alma recibe en este silencio continuo una impresion de tristeza y melancolia indefinibles. Este silencio no se interrumpe sino por los gritos de algunos mercaderes de comestibles que atraviesan los canales

en sus góndolas, pregonando los géneros que llevan. No hay un solo árbol; no se ve un solo rastro de la risueña naturaleza; no hay movimiento. Los hombres están dedicados al comercio, al comercio que casi ha desaparecido. Venecia, que hacia sola el comercio de las Indias antes que se descubriese el paso por el cabo de Buena Esperanza, vió arruinarse el suyo sensiblemente y al fin abandonarla. Triste es hoy el puerto favorecido antes tanto.

Las mugeres salen poco; sus vestidos son, como los de las de la mayor parte de Europa, calcados sobre la moda francesa. Son sumamente aficionadas á la música, porque Venecia y Nápoles son las dos ciudades de Italia donde encuentran mas placer en esta distracción.

Hemos descrito la famosa plaza de San Marcos de Venecia. Otro dia hablaremos de sus palacios, del puente de Rialto, y de su magnifico arsenal.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## REVISTA DE PARIS.

Un joven escritor de Paris, reaccionario decidido, tiene un tio de edad bastante madura, que profesa las ideas democráticas mas avanzadas. Anomalia es esta de que la sociedad nos ofrece continuos ejemplos. El joven, pues, es adicto á los principios de lo pasado; y el anciano se lanza en pos de las utopías del porvenir: la rizada cabellera encubre una cabeza llena de calma, mientras que bajo los cabellos blancos hay una cabeza volcánica y fogosa: el sobrino, que es pobre, sostiene como necesaria la desigual repartición de las riquezas. El tio, que es rico, llega en el calor de su entusiasmo político hasta defender el comunismo; seguro, como está, de que no habrá de realizarse nunca, é al menos mientras él viva.

Esta divergencia política y social provoca frecuentes discusiones, cuyo resultado es siempre el de que riñan el sobrino y su respetable pariente, que utiliza este pretexto para negarle toda clase de subsidios, con tanta mas decision, cuanto que el buen demócrata es medianamente avaro. Como la mayor parte de los socialistas ricos, ama mucho sus escudos, y piensa que seria gran locura reducir á práctica las teorías comunistas, privándose de una pequeña parte de su fortuna para socorrer á sus parientes necesitados. Así es que para sacarle alguna cantidad, por insignificante que sea, su sobrino se ve precisado á esperar alguna coyuntura favorable, ó á poner en juego los recursos de su talento, corriendo el riesgo de ver por tierra mas de una maniobra bien combinada y dirigida.

Hace pocos dias que el buen avaro daba un pequeño convite á una docena de amigos, por que hay ocasiones y compromisos en que los avaros se vuelven espléndidos por un esfuerzo de vanidad. Durante la comida se propalaron con gran entusiasmo algunos principios democráticos, y el sobrino, que era uno de los convidados, todo lo escuchaba con profundo silencio; pero al servirse los postres, cuando las opiniones, exageradas por el vino, se diseñaban ya con rasgos mas vigorosos, cuando el buen demócrata comenzó á tronar fuertemente contra la dignidad real, el joven afectó sonreírse y encogerse de hombros.

—¿Qué significa eso, señorito? le dijo el tio, frunciendo áspidamente el ceño.

—Significa, querido tio, que se espresa vd. con muy lindas frases, cuando sus hechos indican que no es vd. tan desafecto como parece á la dignidad real.

—¡Yo! exclamó el demócrata estupefacto.

—Usted, mi querido tio, que conserva cuidadosamente los retratos de muchos reyes de Francia.

—¿Hablas de mí? exclamó el tio fuera de sí, avergonzado de la acusacion que con tanto aplomo y serenidad le dirigia su sobrino.

—Hablo de vd., tio. Me consta que guarda vd. esos retratos; cosa que á la verdad le está á vd. mal, y que me estaria mejor á mí, que soy un monárquico firme é impasible.

—Desde ahora declaro tuyos todos los que encuentres.

—Vaya, eso lo dice vd. de broma, mi buen tio. ¿Lo ratifica vd. de todas veras?

—Un demócrata es esclavo de su palabra; pero advierte que no consiento esa acusacion impunemente. Ahora mismo has de buscar y traer las pruebas de ello, para confundirte delante de todos estos señores, y que nadie dude de la lealtad de mis opiniones.

—Vengan las llaves de las alacenas, tio: necesito hacer un reconocimiento detenido.

El tio entregó sus llaves: el sobrino salió del comedor y permaneció como un cuarto de hora fuera de él.

—Ya podrá estar hasta mañana, decia muy satisfecho el anfitrión, que no ha de encontrar retrato alguno.

—Hola, ¿qué tenemos? preguntó un momento después á su sobrino que entraba.

—Las pruebas de la acusacion, tio.

—¿Las has hallado?

—Todas juntas, en el secreter de vd.

—¿Retratos de los reyes?

—Si señor. Ciento ochenta retratos en plata, y cincuenta y cinco en oro.

—¿Cómo?

—Aquí están.

Y el sobrino vació sobre la mesa un saco lleno de monedas de cinco y veinte francos.



—Mi dinero, exclamó el avaro; me has quitado mi dinero!

—No, mi buen tío; no son mas que los retratos de Napoleón, de Luis XVIII, de Carlos X, de Luis Felipe. He apartado con mucho cuidado todas las medallas que llevan la efigie de la República: esas son las únicas que debe conservar un verdadero demócrata. Por lo demás, vd. mismo lo ha dicho: un demócrata es esclavo de su palabra; y no ha de volverse atrás, porque le gane 2,000 francos su sobrino, que bien los hamenester para poder pasar sin apuros este carnaval.

El tío no desistía de su empeño de reivindicar los cuatrocientos napoleones que se había apropiado su sobrino; pero los convidados tomaron parte en el incidente en favor del último, y declararon que la cantidad estaba legitimamente ganada.

En París, como en Madrid, se ha hablado mucho en estos días de los matrimonios que se proyectan. Por fortuna los periódicos franceses no se contentan con decir que el conde de A. se casa con la baronesa de B., y el duque de X. con la marquesa de Z., ó un sugeto muy conocido con otra señorita también muy conocida: de donde resulta una coleccion de personas desconocidas y de noticias que no entiende ninguno de cuantos las leen. La prensa francesa es en esta parte un poco mas explicita; y en verdad hace bien, que al cabo el casarse no se ha tenido hasta ahora por cosa mala.

Segun nuestros cofrades parisienses, los matrimonios han invadido ahora el teatro: dos jóvenes muy conocidas en las tablas piensan abandonarlas para abrazar el estado matrimonial con partidos ventajosísimos: Mlle. Denain, del teatro francés, se casa, segun dicen, con un conde ruso. Mlle. Meley, que estaba en Lyon, debe haberse casado ya con un rico propietario que tiene cincuenta mil libras de renta. Con este motivo asegura nuestro cofrade que el mundo dramático-femenino andaba completamente revuelto, y las ambiciones de las *artistas* se habían desarrollado con gran fuerza al ver los buenos auspicios con que se anuncia la primavera.

Pero todavía corre por París otra noticia conyugal de mucha mas importancia, y que seguramente la merece, porque el héroe de la aventura es una persona muy notable, una celebridad política y literaria, una pluma roja y un representante, aunque no un orador. Es, en fin, el célebre Mr. Eugenio Sue. El enemigo de los privilegios, el declamador contra el lujo, el estoico sibarita, ha encontrado un partido de primer orden: nada menos que una viuda con cien mil libras de renta. ¡Pobre Mr. Eugenio Sue!

A todo esto, no se dice si la opulenta viuda se ha enamorado de Mr. Eugenio Sue novelista, ó de Mr. Eugenio Sue representante; si son los escritos del hombre de letras, ó el silencio del hombre político los que han interesado su corazón. De todos modos, aun en este último hay un gran mérito para algunas mugeres; porque un hombre que en cuestiones de gobierno guarda un profundo silencio y deja obrar á los demás, es un esposo demasiado bueno para reparar en el precio.

Otra noticia, que toca mas de cerca á los madrileños, y sobre todo á las madrileñas, nos acaban de dar los periódicos franceses.

Apenas hará quince días que se contaba en algunos círculos la siguiente anécdota.

En los primeros días de este mes algunos dandys del jockey-club se lamentaban de las dulzuras de la estación, que los tenía privados de uno de sus mayores placeres. Los dandys del jockey-club echaban de menos los patines, puesto que no les permite consagrarse á este delicioso ejercicio la bonanza de un invierno que deja correr libremente las aguas, y no tiene la fuerza necesaria para endurecer su superficie.

—Los españoles son mas dichosos que ustedes, les dijo un madrileño que á la sazón se encontraba allí. Por un capricho de la naturaleza, el invierno parisien se ha salvado los Pirineos y se ha establecido á las orillas del Manzanares. Así es que todos los días la concurrencia mas selecta de Madrid, las elegantes damas de aquella corte, envueltas en sus ricos abrigos, se van á los deliciosos jardines del Buen-Retiro y se colocan al rededor del gran estanque para ver á los dandys madrileños patinar sobre el hielo que cubre su superficie.

El florido language del español exaltó hasta el extremo la imaginación de los dos patinadores parisienses.

—Aquí tienes una magnífica ocasión para hacer un viaje á España, dijo al instante uno de ellos.

—Con tanto mas motivo, repuso el otro, cuanto que el invierno es poco divertido en París.

—Allí encontraríamos placeres nuevos y desconocidos para nosotros.

—Y nuestra superioridad no reconoceria alli rivales de ningún género. Los elegantes españoles nos llevan sin duda una gran ventaja en la gracia con que se elevan en sus capas, encienden su cigarrillo, tocan la guitarra debajo de las ventanas, y luchan con un toro sobre la arena: nosotros no podremos competir con ellos en estas habilidades; pero en cambio son novicios en el ejercicio de los patines: y alli sobre nuestro terreno, desplegando nuestra habilidad, nuestra gracia y nuestros recursos adquiridos por una larga práctica, acaso alcanzaríamos buen éxito, y obtendríamos algunos sufragios y la admiración de esas encantadoras madrileñas, que tanto seducen con su gracioso y quebrado talle, con su lindísimo pie, con sus ojos de diamantes.

Séanos lícito interrumpir á nuestros interlocutores para llamar la atención de los que nos lean hácia la ma-

nera que tienen de juzgarnos los parisienses, incluso los escritores de mas talento. Todavía se figuran nuestros vecinos que los elegantes madrileños llevan su capa terciada, su sombrero calañés y su cigarrillo de papel en la boca: que todos ellos tañen su bandurria por las noches debajo de las ventanas de sus amadas, y hacen una suerte al toro en la corrida del lunes. Todavía no saben que no gastamos ni capa, ni calañés, ni cigarrillos ni guitarras, ni bromas personales con los toros: que hablamos, comemos y dormimos en francés, y estamos enteramente modelados al gusto parisiense.

Volviendo á anudar el hilo de nuestro diálogo, diremos que los dandys del jockey-club decidieron aquel día salir al siguiente para Madrid; que fueron á despedirse de sus amigos provistos de sus pasaportes y de letras contra don José de Salamanca y partieron en una silla de posta que les esperaba al fin de la calle Drouot.

Los concurrentes del jockey-club les esperan con ansia dentro de uno ó dos meses para oírles contar las delicias del invierno de Madrid. Esto es, dicen ellos, sino retiene á sus amigos junto á las orillas del Manzanares alguna aventura romancesca, porque los franceses, que corren sin riesgo la azarosa vida de los amores entre sus caprichosas y volubles mugeres, todo lo temen de los negros ojos y de la seductora gracia de las españolas.

A.

## DELIRIUM.

LEYENDA FANTASTICA

DE

DON J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO (4).

Ciertamente es doloroso, que en épocas tan prosaicas y positivistas, como la que atravesamos, aparezcan seres verdaderamente poéticos, para no ser comprendidos mas que por un reducido número de personas, que no habiendo penetrado por el carril del indiferentismo, sienten latir en su seno un corazón dispuesto á las gratas emociones que nos hace experimentar el sentimiento de lo bello. Hubo un tiempo, no lejano, en que la poesía, sometida y aletargada por el imperio vergonzoso de una transitoria decadencia, reapareció con nuevas formas, bajo el benéfico influjo de una situación política y social reparadora. Se presentó un Zorrilla, atrevido gigante, que sin participar de las rígidas preocupaciones de sus antepasados, y comprendiendo que su imaginación no podría nunca someterse á los tiranos preceptos del arte, rompió la poderosa valla de las reglas, y caminó aislado, pero valeroso, únicamente acompañado de sus propias inspiraciones. Esta marcha desordenada no podía menos de producir lo que produjo; un admirable y extraordinario conjunto de bellezas y deformidades difíciles de analizar, y por consecuencia una causa literaria para que los viejos preceptistas diesen un fallo poco favorable á las nuevas concepciones del coloso del siglo XIX.

La aparición de estas poesías, en las que se encontraba un sello especial de originalidad, y un atractivo indefinible, inspiraron un vehemente deseo de metrizar, que poco después llegó á convertirse en furor—no le llamaremos poético, sino *coplero*—y se dió en la flor de decir que el genio no conocía reglas; no hubo joven que no soltase la gramática latina, para entonar cantos y leyendas, caracterizados con el sello de la incorrección y de la estravagancia. Todos se creyeron capaces de extraordinarias, y este abuso de metrizar trajo en pos el descrédito de la poesía, y engendró el indiferentismo de que nos quejamos á la sazón.

Pero no está distante el reinado de los verdaderos poetas; estamos seguros de que el tiempo hará justicia, y todos apreciarán en lo que valen de suyo, las obras de los jóvenes que en corto número se distinguen entre la cáfila de meros versificadores que invaden nuestra literatura con pensamientos triviales que disfrazan hábilmente con los encantos de la armonía, advirtiéndole que las mas veces esta misma armonía no la constituye mas que una dicción hinchada, campanuda y ampulosa, que nada significa ni á nada conduce.

Entre los pocos ingenios que actualmente merecen la noble calificación de poetas, se halla don J. Heriberto García de Quevedo, y las obras que tiene publicadas, y el fallo favorable que respecto á ellas ha dado el público inteligente y sensato, nos abstienen de evidenciarlo con nuevas pruebas.

Hoy cumple á nuestro propósito solamente hablar de la leyenda fantástica que acaba de dar á luz con el título de *Delirium*: título, que sea dicho de paso, mejor hubiéramos querido verle puesto en castellano. En esta leyenda ha hecho ver el señor de Quevedo ante todas cosas, lo que hace mucho tiempo sabemos ya: que es poeta. El pensamiento de la obra, hártamente filosófico y moral, no puede menos de interesarnos; nada mas laudable y beneficioso que mostrarnos con una noble lección, los errores en que puede incurrir un corazón joven á quien desordenan los malos consejos.

(1) Un tomo en 8.º marquilla, edición de lujo ilustrada con magníficas láminas sueltas y viñetas intercaladas en el texto, grabadas en madera por don Vicente Castelló.

Se vende á 22 rs. en Madrid.—Librerías de Cuesta, Monier, Publicidad, Rios, Matute, Villaverde y Villa, y á 26 en provincias, en casa de todos los comisionados de los señores Gullon, Lujan, y Franco.

Arturo, lleno de juventud, y por consiguiente lleno de pasiones, se propone luchar contra ellas, pero todos sus esfuerzos fracasan bajo el imperio de su propia ignorancia y de su inesperienza. Dotado de un temperamento fogoso y resuelto, no se contenta con los cariñosos alhagos de una tierna madre, ni le parece lisonjera la quietud que le proporciona el tranquilo hogar. Los febriles ensueños de que se ve continuamente asaltado, desbordan enteramente el mar de sus inclinaciones. Huye precipitado de la casa paterna para buscar aquel amor de nueva especie que no encontraba en el seno de una madre sensible, en el seno de aquella madre, que presenciando los tormentosos embates de su hijo, se arrojaba y dirigía al cielo la siguiente plegaria:

¡Señor! ¡Señor! Del trono do te asientas  
cercado de querubas,  
desde donde desatas las tormentas  
y das voz á las nubes;

Y luz al sol, y giro á las esferas,  
borrascas á los mares;  
inviernos á la tierra y primaveras,  
y ley á los azares;

Resplandores vivíficos al día,  
á la noche tinieblas,  
calor fecundizante al medio día,  
al norte pardas nieblas;

Al hombre la razón, instinto al bruto,  
corriente al manso río,  
nieve al invierno, y al otoño fruto,  
y ardores al estío;

Y al iris esplendente sus colores,  
verdura á los collados,  
plantas al bosque, y á las plantas flores  
y cespéd á los prados:

¡Tú, Señor, cuya mano prepotente  
rige infinitos mundos,  
para cuya pupila incandescente  
misterios no hay profundos!

Ante quien es igual el soberano  
que acata un pueblo todo,  
al mísero reptil que en el pantano  
se apacienta de lodo:

Vuelve, Señor divino, á mí tus ojos  
de la celeste altura;  
vuélvelos y contempla sin enojos  
tu pobre criatura.

En la tribulación busca consuelo,  
Señor, en tu regazo;  
acórrala en su cuna desde el cielo  
la fuerza de tu brazo.

¡Escúchame, Señor, y al hijo mío  
vuelve la paz del alma;  
calma en su pecho el huracán bravío,  
tuya será la palma.

Tan insensato proceder, es decir, la fuga injustificable del apasionado mancebo, encuentra la merecida recompensa, porque al dar los primeros pasos por el sendero de la vida, halla un compañero que le aconseja, que le alienta y aplaude jubiloso su mal premeditada determinación: este compañero fatal, es el Diabolo, exacta personificación de nuestras criminales pasiones durante el curso azaroso de nuestra borrascosa existencia.

¡Pobre Arturo! Su propia inesperienza, contribuye á que no conozca el abismo insondable que le prepara el espíritu infernal que le sirve de guía. Arturo, fascinado con tan encantadora aparición, y sin carecer de los medios necesarios para llevar á cumplido efecto sus planes, goza aun antes de penetrar en el mentiroso Eden que le pinta con los mas risueños colores el camarada instigador que le conduce.

Y se afana el insensato  
por recobrar su alegría  
en la embriaguez de la orgía,  
en los goces del festín;  
mas á su vista anublada  
perdió el iris sus colores,  
y á su olfato no hay olores  
en las reinas del jardín.

Goza Arturo con las castas sensaciones de sus primeros amores; pero al fin se hastia á pesar de la pureza virginal de su amada. Hé aquí como nos la pinta el mismo Diabolo, en una de sus solitarias meditaciones.

¡Esa muger!... los ángeles del cielo  
menos cándidos son que su alma pura;  
vino á la tierra de virtud modelo  
y acabado modelo de hermosura:  
es para el mal su corazón de hielo,  
para el bien, infinita su ternura,  
ángel, en fin, de carne revestido,  
mas en el seno del Señor nacido.

El amor de esa niña encantadora  
de la virtud le volverá á la senda;



cada día será mas seductora  
y mas árduo que de ella se desprenda:  
arranquémosle, pues, mientras es hora,  
cerrémosle el camino de la enmienda,  
que inevitables son nuestros engaños  
cuando se tienen solo veinte años.

Esa misma beldad, ora tan pura,  
de virtud fortaleza inespugnable,  
al rudo embate de la llama impura  
será como las otras inflamable:  
tal como ella cayó desde su altura  
caerá también, que todo es deleznable  
lo que cobija la azulada esfera,  
y en esto la muger es la primera.

Con efecto; Arturo, ageno ya á las gratas emociones  
de un amor tranquilo, sensato y racional, busca la ani-  
macion de la vida en el ruidoso festin; ve á su amada,  
se lastima al contemplar la miseria que la rodea; pero  
sus dádivas no tienden á otra cosa que á  
hundir á aquella víctima inocente en el  
fatal abismo de la perdicion y de la des-  
honra. Los siguientes versos demuestran  
la habilidad con que el señor de Quevedo  
ha sabido poner en boca de Arturo el acen-  
to de la pérdida seducción.

ARTURO.

..... Me estravié  
como ves, el dolor.—Los eslabones  
de esta mortal cadena  
á que mi dura estrella me condena,  
el corazón oprimen despiadados.  
Juguete vil de los adversos hados,  
moderno Prometeo,  
siento que me desgarran las entrañas  
el insaciable buitre del deseo....  
—¡Oh Azelia!... tú me engañas....  
no me amaste jamás!...

AZELIA.

El cielo, Arturo,  
que ve mi corazón; del alma mia  
sabe el inmenso amor; ¡cuando mi labio  
juró siempre adorarte, no mentía!  
¡Ah! no fuera tan cierto, y al agravio  
que hoy haces á mi fé, secos los ojos  
el llanto del dolor no derramaran:  
no palabras de amor, duros enojos  
los labios pronunciaran,  
y así de tus ofensas me vengaran!  
¡Ah! ¡soy muy infeliz!

ARTURO.

¿Soy yo dichoso?  
¡Veme á tus pies, escucha mi plegaria;  
en esta oscura noche de mi vida,  
sé el faro luminoso  
que á la patria ribera apetecida  
conduzca mi barquilla solitaria!  
¡Oh! ¡no llores así!—tu amargo llanto  
en torrentes de lluvia abrasadora  
cae sobre el corazón, y como el fuego  
que la mano del cielo vengadora  
sobre Nínive envió, voraz, consume  
el pecho que te adora.  
No abandones al triste en su quebranto;  
no dejes, oh bien mio, que me abrumen  
tan hondo padecer:—del pobre ciego  
escucha blanda el amoroso ruego;  
la que perdió le vuelve dulce calma,  
luz á los ojos y contento al alma!

AZELIA.

¡Ay misera de mí!... ¡gran Dios!

ARTURO.

¿Vacilas  
aun, muger cobarde?—Tú provocas  
insensata la cólera divina,  
cuando al supremo Dios, perjura invocas.  
¿Mas qué importan al Dios del firmamento  
la dicha ó el dolor de la mezquina  
humanidad?—El noble sentimiento  
del mas ardiente amor que al débil hombre  
le fué dado sentir, ¿qué es á los ojos  
de aquel ser infinito, cuyo nombre  
nunca supo el mortal; cuyos enojos  
pueden el ancho mundo  
á un signo solo de su eterna mano  
precipitar de nuevo en el profundo?  
¿y quieres que se ocupe en su grandeza  
de la dicha de un misero gusano?  
¡oh! ¡no resistas mas, Azelia mia!  
cede á mi ardiente ruego!....

AZELIA.

¿Arturo, Arturo!  
¿No te basta mi afecto santo y puro?

de mi triste horfandad, de mi flaqueza,  
ten lástima!....

ARTURO.

Lo quiere así la suerte.—  
Está bien,—me resigno, de la vida  
esta ominosa carga aborrecida  
detesto—¡á Dios!

AZELIA.

¿Do corres?

ARTURO.

¡A la muerte

AZELIA.

¿A la muerte?—¡No! ¡no! ¡detente, Arturo!  
heme aquí... soy tu esclava... que el deseo  
de tu pecho se cumpla!

ARTURO.

¡Oh suerte mia!



chosos deseos de un perjurio. Quisiéramos que fueran  
mas latas las dimensiones concedidas á este artículo pa-  
ra insertar todas las sentidas quintillas, con las cua-  
les se reconviene la pobre Azelia despues de haber  
reconocido su extravio y contemplado el desden, la in-  
justificada ausencia del objeto de sus amores y de su  
perdicion.

Posible creí un momento  
¡necia de mí! ser amada;  
y por solo un pensamiento  
sufro ahora el cruel tormento  
de verme así deshonrada!

Cesad, pues, lágrimas mias,  
testigos de mi locura,  
mas no ceseis, que en los días  
de perdidas alegrías.  
es el llorar gran ventura.

Tan grato es vuestro consuelo  
al que vive entre dolores,  
como á las aves el vuelo,  
como á los brutos el suelo,  
como el rocío á las flores,

Llorando me aliviaré....  
Llora, huérfana cuitada,  
llora tu dicha que fué...  
¡Oh muerte! de mí te apiada!  
¿Hasta cuando viviré?

Pero el genio del mal no se separa de  
Arturo; pe. petuo iustigador y esperan-  
zado con la feliz conquista de aquella alma  
destinada en un principio para penetrar  
por la senda del bien, vé su triunfo cer-  
cano y no vacila un momento en hacerle  
com. ter las acciones mas odiosas y crimi-  
nales.

Arturo, no solo ha gustado los munda-  
nos goces del festin y de la orgia; nuevos  
galanteos, nuevas intregas amorosas, el  
juego, confunden á nuestro jóven con los  
seres mas corrompidos del mundo. En pos  
de estos desórdenes viene un desafío y  
Arturo es un homicida; y he aqui precisa-  
mente el momento en que aquel corazón  
descarriado siente una mano invisible que  
le descorre el velo infernal que ocultaba  
sus errores; comienza á recapacitar so-  
bre sus pasados extravios y halla en su  
intranquila conciencia el primer signo del  
arrepentimiento.

De esta manera se espresa Arturo al  
contemplar con emocion el cadaver de su  
contrario.

¡Pobre jóven! ha un momento  
que estabas lleno de vida,  
y en tu mirada atrevida  
rebotaba el ardimiento;  
ora estás sin movimiento,  
contra la tierra el semblante,  
mudo tu labio arrogante,  
la sangre hirviendo ya fria,  
yerto el pecho en que latia  
tal vez corazón amante!

A los pies de tu enemigo  
postrado sin vida estás:  
por una ofensa no mas  
fué demasiado castigo.  
¡Oh! mi fortuna maldigo,  
que causó tal desventura....

DIABLO.

Mirad, señor, que es locura  
permanecer....

ARTURO. (Sin oírle.)

Empuñada  
tiene aun la fuerte espada....  
¡Era grande su bravura!

DIABLO.

¡Señor!... ¡Señor!...

ARTURO.

Homicida,  
es hoy el que ayer traidor,  
fui ayer perjuro á mi amor,  
hoy quité á un hombre la vida!  
en la senda maldecida  
del vicio, apenas entré  
cuando orgulloso á mi pie,  
lleno de insano furor,  
á una muger, sin honor,  
sin vida á un hombre postré!

Me causo horror; me abomino;  
soy un monstruo aquí en la tierra:  
cuanto mal el mundo encierra

ven, Azelia á mis brazos,  
y en amorosos lazos  
nos sorprenda la luz del rey del día!

AZELIA.

¡Ay Dios mio!

ARTURO.

¡Apenas mi ventura creo!

Ya vemos á la pobre Azelia sometida al yugo de  
un amante á quien nunca pudo mirar con los ojos de la  
indiferencia. En vano ha luchado, en vano ha resistido,  
porque Arturo viendo que una siniestra y engañadora  
argumentacion no puede estraviar al alma inocente del  
sendero de la virtud, procura domeñar su heróica fir-  
meza amenazando á la desdichada con el proyecto de  
caminar derecho en busca de una muerte segura. ¡Qué  
idea tan horrible! La candorosa Azelia ama de veras á  
Arturo; no quiere verle morir, y se rinde por fin. .. Pero  
bien pronto conoce la desventura cuánto mejor le hu-  
biera sido resistir y no haber accedido jamás á los capri-



puso el cielo en mi camino!  
Mueve tus furias, destino,  
todas á un tiempo en mi mal;

cia, la victima piensa poner término á sus dolores po-  
niéndole término á la vida. Acude la reflexion; vacila,  
y por último se arrepiente de haber concebido tan

Triunfa el ángel y queda humillada la arrogancia  
del espíritu infernal. Halla á su madre que le recibe  
con amor y con ternura; halla á su amada que per-



que tu poder infernal  
ya no tiene en mí poder,  
pues que por tí llego á ser  
hoy el mayor criminal.

En este instante conoce el Diablo las  
consecuencias que puede llevar consigo el  
remordimiento; cree que se le escapa su  
presa y esclama enfurecido:

¡Virtud, aciaga virtud,  
siempre me has de perseguir!  
¿Hasta cuándo ha de seguir  
tan odiosa esclavitud?  
Yo creí en su juventud  
muerto tu germen maldito  
y ora cuando mas me agito,  
por hacer tu fuerza vana,  
mas vigorosa y lozana  
brotas de un nuevo delito!

No es tuya la fuerza, no,  
que así encadena mi brio;  
es del sumo poderio,  
que contra mí te creó.  
Mas no he de rendirme yo  
mientras quede una esperanza;  
que acaso la prez alcanza  
en la reñida palestra,  
el que mas terco se muestra,  
no el que tiene mas pujanza.

Vamos, pues á combatir,  
pues el cielo lo dispone;  
si Dios contra mí se opone  
fuerza será sucumbir;  
mas antes que yo á rendir  
mis armas vaya á tus pies,  
aunque tan alta te ves,  
mira virtud, por tu gloria,  
que puede ser la victoria  
del que hoy sufre este reves!

Y quiso la suerte, ó lo consintió la Pro-  
videncia que el Diablo triunfase otra vez,  
aun cuando Arturo, donde quiera que esta-  
ba se hallaba siempre con su conciencia  
pertinazmente acusadora. Llegó el momen-  
to en que nuestro desventurado jóven no en-  
cuentra el placer en los placeres; el descon-  
tento, el hastio se apoderan de su alma y esta vez no  
basta las astutas reconvenções del Diablo á dome-  
nar su abatimiento y desesperacion. En su consecuen-

odiosa y fatal tentativa. El recuerdo de una tierna ma-  
dre; el recuerdo de una jóven amante deshonrada; la  
falsa ventura que le ha ofrecido el mundo en medio

dona sus extravíos y le acoge cariñosa y amante como  
siempre.

Esta es la historia fantástica por medio de la cual se  
ha propuesto el señor de Quevedo dar una  
saludable lección á la juventud que se estra-  
via al dar los primeros pasos por el camino  
de la vida: el pensamiento no puede ser ni  
mas altamente filosófico, ni mas moral en  
la esencia. Aparte de estas buenas dotes que  
vemos en su poemita, puede añadirse el in-  
terés siempre creciente que se observa en  
el conjunto de la fábula; las simpatías que  
nos inspira el personaje en relieve de la  
composicion; simpatía que tiene siempre pa-  
ra nosotros, aun cuando le veamos encena-  
gado en los criminales goces del deleite...  
aun siendo homicida; porque el lector sabe  
que Arturo es bueno en el fondo; pero que  
un guía funesto le arrastra y le pervierte.  
Desgraciadamente la humanidad se ve con  
frecuencia rodeada de estos seres maléficós,  
verdaderos entes infernales, cuyo único em-  
peño es arrancar de nuestra alma los mejo-  
res instintos.

Todos los caracteres están delineados  
con una extraordinaria verdad, á la par que  
admirablemente sostenidos. Arturo, Azelia,  
el Diablo; caracteres enteramente distintos;  
trinidad que contribuye á presentar un ma-  
ravilloso contraste que no puede menos de  
agradar.

El diálogo es animado; hay mucha ver-  
dad en las descripciones, y un lirismo seduc-  
tor que nadie desconoce. porque todo el  
mundo sabe que el autor de este poema es  
poeta lirico. ¿Quién negará las cualidades  
verdadero vate al autor de las siguientes  
octavas?

¡Mezquino soñador, que al Dios del mundo  
creyóse igual en su febril mareo,  
pensando el fuego arrebatador fecundo  
de la vida, cual nuevo Prometeo:  
y ora caído yace en el profundo,  
del demonio implacable del deseo  
presa su corazon, despedazado  
por las garras terribles del pecado!

¿Dónde está la verdad?... ¿la suma ciencia.  
dónde hallaré, Señor?... ¿por qué en la vida  
hay tanto desear, tanta impotencia?  
¿la fuente del saber siempre escondida  
al hombre, ha de tener tu omnipotencia?





vé, Señor, mi esperanza ya perdida...  
¡fuente de toda luz! .. una vislumbre  
dá al pobre ciego de tu inmensa lumbre!

Fáltanos añadir cuatro palabras en obsequio de la parte material de la obra. Es un libro elegante y bien impreso. De las láminas nada diremos en su elogio, puesto que el lector puede ver una muestra de ellas en las cuatro que presentamos, y que sirven como de compañeras y adorno al presente artículo.

B...

HEVA.

(NOVELA)

CAPITULO VII.

UNA VIUDA DE LA INDIA.

(Continuación.)

La conversacion se ladeaba hacia esa chistosa familiaridad que era el fuerte de Klerbbs. Seis meses de viudez equivalen á un año en los países cálidos; y así nuestro inglés calculó la posición y el terreno desde la primera ojeada, adoptando maneras fáciles y donairosas para ponerse al nivel del moderado dolor que reinaba en la quinta, sin que le desconcertase la presencia del hermano de Munusamy, bastante consolado también por su parte. Con esto el diálogo tomó en breve un giro extraño, particularmente para los oídos de Gabriel, pues revelaba á Heva bajo una nueva faz y le sumergía en extraordinarias perplejidades.

Respaldeó negligentemente la hermosa viuda en su blando sillón.

—¿Y la *Historia de los Malabares*, sir Eduardo Klerbbs? Preguntó al enviado de la Sociedad Real de Londres.

—Ya la tengo, señora; respondió éste.

—¿Cómo! ¿la habéis hallado al fin?

—No, pero la he compuesto.

—¿En lengua indiana?

—No, señora; la he traducido del original.

—¡Pero, si no existe!

—¿Es mía la culpa? ¿Cómo diablos he de hacer yo que un original exista á la fuerza? Delirios... ¡Ah, señora! ¿con que siempre constante, eh? ¿Siempre vuestra Sliga, vuestra colorra favorita...?

—Siempre, sir Eduardo; ¡es tan adorable! ¡Muerte como un querubín!

—¿Y qué tal de salud vuestro pueblo de las pajareras?

—¡He perdido á Liza!

—¡Ah! ¡La pobrecita Liza... que cantaba tan bien, y acariciaba como un demonio!

—¡Muerta, sir Eduardo, muerta!

—A propósito; he visto en Madrás vuestros elefantes, que desmedran que es un contento; y me reconocieron. Desean tornar á vuestro lago; como que uno de ellos me mostró con su trompa seis pies de agua turbia, sacudiendo en seguida la cabeza: «¡Ay! parecía decirme, á esto se halla reducido ahora nuestro hermoso lago de Tinnevely!» Yo les prometí escribir al gobernador empeñándome para que se les ahonde un estanque... Todos los ramos de la ciencia, según veis, han sido cultivados por mí con feliz éxito.

—¡Ahí no es nada, lo que habéis hecho en tan corto espacio! ¡La traducción de la *Historia de los Malabares* y una visita á mis elefantes!

—¿Y mis treinta leguas en diez horas?

—Se me olvidaban, sir Eduardo; ¡perdonadme! Tantísimas cosas lleváis ejecutadas, que no es extraño se me vaya alguna de la memoria. Os juro por la serpiente *Anautá*, como dicen los indios, que ya no me admiro de la precipitación de vuestra marcha, ni de lo largo de vuestro pequeño viaje. ¡Ya se ve! ¡Teníais que beber nada menos que el caudaloso Ganges!

—Fuera de broma, señora, esta breve escursión dará algo de sí; ¡el tiempo lo dirá!

A esta última frase soltó Heva su primera carcajada de viuda; Gabriel apenas se sonrió, mientras los convidados estaban como atontados.

—¿Os han ocurrido algunas aventuras entretenidas? dijo Heva muy formal.

—Por poco me acontecen dos. La primera en Bangalore. Tenía formado el proyecto de robar á *La Kemi*, la estatua de la diosa de la hermosura, para regalarla á la galería nacional de Londres, é ignoraba que sir Wales la había comprado y espuesto al público en su pagoda de Bangalore, donde va á saludarla dos veces al día. ¡Ocurriencia propia de un inglés!... Creyéndola propiedad de los viajeros, la bajé de su pedestal y la coloqué en un *garri* tirado por dos bueyes, decretándome yo propio un voto de gracias en nombre de la ciencia; cuando, hé aquí que sir Wales, al dirigirse á tributar su primera adoración á *La Kemi*, me encontró triunfante como París seguido de su robada Helena. Hubo la de Dios, es Cristo, y nos retamos á la pistola en aquella pagoda desierta. Mi testigo era la estatua de *Varahavata*, encarnación en jabalí de *Wichnu*, y el de sir Wales *Matsyavata*, la encarnación del mismo en pescado. Sir Wales recibió un balazo en el hombro, muy abultado por fortuna; y doliéndome de su mala suerte, le devolví á *La Kemi*. Mostróme sus títulos de

propiedad; con que le tartamudeé mis excusas y nos separamos excelentes amigos.

—¿Y vuestra segunda aventura, sir Eduardo?

—Es un secreto.

—¡Con qué teneis secretos para los amigos! ¡Oh! ¡Eso no está bueno!

—¡Ca!... No son secretos míos, sino ajenos.

—¡Vamos!... andará en ellos alguna linda bramina, de tez de arce, á quien habreis conducido á Madrás.

—Mientras no salgais de las braminas os hallareis á mil leguas de la verdad.

—Sir Eduardo, dijo Heva levantándose; dadme el brazo y acompañadme á respirar un poco de frescura á la sombra de los árboles. Se ahoga uno en esta sala.

Salieron de dos en dos, menos Gabriel que no quiso ningún compañero de paseo, pues prefería meditar á solas sobre aquella conversacion, tan frivola en apariencia, pero que revelaba según él una significativa intimidad entre la hermosa viuda y sir Eduardo.

Paseábanse Heva y el joven inglés con aire negligente, y como si continuasen su comenzada plática. Caminaba Heva con ese dejo gracioso de las criollas, colgado su brazo del de Klerbbs; y á ratos los bucles de su hermosa cabellera agitábanse en uno de sus tristes accesos de alegría, á modo de pequeñas olas de ébano, sobre el aterciopelado marfil de sus espaldas. Entreteníase Klerbbs en abatir como Tarquino, con la punta de su látigo, las flores silvestres que no nivelaban con el césped, y bajo el pórtico sonoro del *chattiran* resonaban melodiosas carcajadas que las mugeres aciertan á extraer, en ocasiones especiales, del manantial de su llanto.

Gabriel observaba de lejos los menores movimientos de aquella pareja, espresando con sus convulsivos lábios un monólogo mudo de desesperación; tal era el cambio de forma y de colorido que respecto de él habían experimentado los objetos que tenía delante de sus ojos. El lago, de un verde cristalino se había vuelto de color de plomo, como el Cócito; los árboles se le figuraban cipreses; un crespon sombrío estinguía los rayos del sol; la campiña, en fin, se había transformado en un cementerio, semeando los murmullos del aire quejas confusas de las subterráneas palabras de los difuntos!

El brazo de Heva se desprendió por último del de Klerbbs, y entonces Gabriel se sintió como un alma del purgatorio repentinamente perdonada. La conversacion misteriosa se había sin duda agotado. La viuda se dirigió á su cuñado Talaiperi y Klerbbs á su amigo, á quien estrechó las manos con un brusco y simulado atolondramiento, diciendo:

—Gracias á Dios, querido Gabriel, que nos dejan solos. Nada mas que por vos vengo y casi llega la noche sin hablaros... Pero ¿qué diablos teneis? Vuestras manos están frías, á treinta grados de Reaumur!... Vamos... deshaced mis dudas... ¿A qué traerme desde el fondo de Coromandel para tenderme una mano helada, y guardar el silencio de un espectro?

—Sir Eduardo ¿sois amigo mío? dijo Gabriel con una voz ahogada.

—¿Lo dudais?

—Si, dudo que me rehuséis lo que voy á pedir.

—Pedit, pues.

—Es preciso que partais al instante.

—¡Con ciento de á caballo!... Dejádme reír un poco... ¡Demonio!... ¿Con qué para esto me habéis llamado?... Para despedirme en seguida!... ¿Y las tantas leguas que he andado de una tirada? ¿Estais loco, Gabriel?

—Si.

—¡Que sí, Dios mío! ¿Cómo habéis pronunciado ese sí! Holgara robároslo y disecarlo para remitírselo á Talma.

—Sir Eduardo ¿me hareis el gusto de hablar un minuto con seriedad?

—Concedido.

—¿No sabeis que amo á esa muger, que la amo con amor desenfrenado, oriundo de este país y de este sol? ¿Con un amor formado de todas las pasiones que el cielo de la India ha vertido en este desierto, sin que hallase desde la creacion sino á mí para recogerlas é incendiar con ellas mis entrañas?

—¿Y luego...?

—¿Consentís ahora en ir, sir Eduardo?

—¿Y adónde quereis que vaya, Gabriel? He apurado ya la India... ¿Os empeñais en que eche los fundamentos de una segunda ciudad? Pero... no ignorais los inconvenientes que...

—Sir Eduardo, las bromas tienen su límite aun entre amigos... dijo Gabriel con una imponente dignidad.

—Vuestra mano, repuso afectuosamente Klerbbs. Me creéis vuestro rival, ¿no es así? Os equivocais... Un día, un día solemne... ¡acordáos!... os dije que no amaba á Heva... Era uno de esos días en que no se miente... Apenas os conocía á la sazón... Pues bien, no la amo hoy mas de lo que la amaba entonces...

—¿De verdad, Klerbbs, de verdad?

—Bajo mi palabra de caballero, os repito, que nunca he amado á esa muger.

—Las apariencias, si hablais de corazón son muy engañosas.

—Como de continuo en los negocios de la vida; como siempre en las pasiones.

—¿Y por qué no la amais?

Esta pregunta de Gabriel, que parecia indicar solo sorpresa y curiosidad, abrigaba un sentimiento extraño é inesplicable: figurábase que aquella fria indiferencia de Klerbbs encubria algo de injurioso respecto de él y de Heva. No deja de estimarse, en cierto modo, al rival á quien se aborrece; principiamos por agradecerle

su preferencia y concluimos por detestarle de corazón.

Al oír la pregunta de Gabriel retrocedió Klerbbs dos pasos; y como aquel la repitiese, dijo sonriéndose:

—¿Apostamos á que va ahora á enojarse porque me amo á su Heva?

—¿Y por qué no la amais, visto que ella os ama?

—¡Ella! ¡Ella! respondió Klerbbs, soltando la carcajada: ¿dónde diablos habéis descubierto tal cosa?

—No estoy ciego.

—¡Pues lo estabais cuando visteis eso... amigo mío!

—Sir Eduardo, os burlais de mí con infernal astucia; teneis la agudeza de los franceses junto con el carácter inglés.

—Fiaos de mí, Gabriel. Como vuestros paisanos, hablais del bello sexo ligeramente y á cada instante nosotros usamos de mas reserva. ¿Por qué una muger sea diez veces millonaria, debe arruinársela en su reputacion? Y sin embargo, ¡lo exigis de mí!... Felizmente Heva no puede sufrir desmedros ni en su honor ni en su fortuna. Notad bien, Gabriel, la formalidad de mis gestos, de mi rostro, de mi voz... ¿Dudais todavia?... ¡Qué encarnizada desconfianza!... Veamos, ¿qué es necesario hacer para tranquilizaros?

—Partir.

—Partiré... ¿Y cuándo?

—Hoy mismo.

—Muy pronto es... Gabriel... Si aguardárais á mañana para desterrarme...

—¡Qué diantre de hombre! ¡No se acierta cuando habla ó no de veras!

—Gabriel, menester es que hayamos sido ambos devorados por tigres y *attorneys*, para que me resignase á cargar con los tormentos que me causais hace una hora. Mi amistad está á prueba de todo... Gabriel, os ofrezco, á fé de caballero, que partiré mañana!

—¡Imposible!... Si os tornase yo á ver... una vez sola... por dos minutos... de bracero con esa muger... risueña ella ó melancólica, como ahora poco... familiar vos, á fuer de hombre feliz... ella, con su gracia diabólica que perderia á un ángel del paraíso... vos, con vuestra impasible semblante!... Si os tornase á ver á la mesa, rozándose vuestro codo con el suyo é imprimiendo vuestro pie sobre las franjas de su vestido... Y á ambos, ya de noche, con los ojos fijos en las mismas estrellas, hollando el propio césped, cogiendo iguales flores, respirando idénticos perfumes, conozco que mi pobre razon no resistiria al embate, que se despedazaria mi frente, y que á pesar mío, los pies arrastrarian mi cabeza hasta vosotros, mi cabeza con ojos ensangrentados, lábios espumosos, sonrisas de demente! ¡Klerbbs, salvadme de tal desolacion! ¡Partid, partid!

Tomó el inglés las manos de su amigo.

—Partiré... le dijo, con una voz cuya conmocion era garante de su sinceridad... Partiré, Gabriel... ¡pero antes deseara saber al menos á qué he venido! Algun motivo os impulsó á llamarme... ¿Un gran peligro, quizá...?

Gabriel se llevó las manos á la frente como para traer á la memoria lo pasado...

—¿Quereis que os muestre vuestra carta, Gabriel?

—¡Ah!... ya me acuerdo... Si... tratábase de un peligro... así lo creia yo...

—Y yo tambien... y por eso he traído mi caja de pistolas, presentándome con mi tren de batalla y mi vestido de baile, á fin de no ser enterrado, como un paria, en caso de muerte. ¡Pero, entro y os hallo á la mesa! ¡á la mesa con Heva! con Heva, á quien no creia volver á ver... Sabreis por qué algun día. Aunque lo mejor será decíroslo todo hoy... Cuando parti, Gabriel, no pensaba tornar á esta quinta, y contaba por lo mismo con que nuestro primer encuentro se verificaria en París. Llevábame á Tranquebar cierto negocio que me ocupa desde mi llegada á la India.

—¿La *Historia de los Malabares*?

—¡Bah! ¡Si esa historia es una fábula!... Voy á descubrir mi secreto... aunque no acostumbro hacerlo con nadie. Iba á Tranquebar para casarme.

Gabriel dió un brinco, como el tigre herido en la frente por una bala.

—Si, prosiguió Klerbbs. Me caso con la hija del cónsul inglés, encantadora señorita, á quien me ligaron por un contrato sponsalicio en Londres. He recorrido la India para esparcir el ánimo mientras llegase la mayoría nupcial de miss Erminia, mi linda novia, por quien estoy razonablemente loco. Esta antigua pasion me ha salvado de Heva. Lo sabeis casi todo ahora y estareis ya contento. ¿Todavía no?... ¿Quereis que os enseñe veinte cartas de mi futuro suegro, sir Douglas W... cónsul de Tranquebar?... He aquí mi libro de memorias... leed... ¿Deseais ver el retrato de mi esposa, á los doce años... Una miniatura de Swift? Miradla bajo mi pechera de batista grabada sobre un alfiler y del tamaño de una *half crown*. ¿Quereis ver á miss Erminia? Venid conmigo á Tranquebar... No dista de Pondicherry sino treinta leguas, y conoceréis así una ciudad llena de curiosidades, á la que denominan los indios *Taraganbure*, la ciudad de las olas del mar! ¿Os gustará bailar en mis nupcias? Acudid entonces el 24 de julio próximo y me servireis de testigo.

—Klerbbs, respondió Gabriel, profundamente conmovido, si hay en el mundo una amistad santa, es la nuestra; contraida en medio de una formidable noche, escrita con caracteres de estrellas en el cielo, y que al día siguiente contaba como si dijésemos un siglo de existencia. ¡Tengo fé en semejante amistad!... Perdonadme, pues, mis dudas, triste fruto de un amor que dejándose arrastrar por el torrente de sus delirios ha



desconocido otros deberes... He sido injusto, si... necesitais de reposo... Partireis mañana...

—¡Bien! me concedéis una próroga... de donde saco por consecuencia que aun no he ganado sino la mitad de vuestra confianza.

—A ella, á ella es á quien temo en la actualidad!... joven, viva, caprichosa, apasionada, libre, dueña de sus acciones...

—Entiendo; teméis una escena á lo Putifar.... ¡Bueno! mañana nos separaremos... vuestro rostro me da compasión y quiero trataros como á un convaleciente, llevando hasta el lujo la complacencia de mi amistad. No veré sino con vuestros ojos, no caminaré sino con vuestros pies, no dormiré sino con vuestro sueño. ¿No os basta?

—No.

—¡Ah, Gabriel!... eso es ya un lujo de exigencias que...

—Pero, ¡Dios mío! ¿tengo yo la culpa de sentir hirviendo mi sangre al recordar meramente las miradas que ella os lanzó y el grito de alegría con que saludó vuestra llegada?... Klerbbs, volvedme la vida, otorgadme un postrer favor!... Romped violentamente con esa mujer; quiero que tengais el valor de ser enemigo suyo.

—Señaladme vos el plan de ataque.

—No ignorais cuanto ama á Sliga, su linda cotorra...

—Si... como que no ama otra cosa....

—La mataré....

—¡Pobre animal!

—Y cuando Heva desolada pregunte por el autor de tal crimen, la direis: Soy yo.

—¿Con que esa es vuestra última exigencia?

—La última.

—Está bien.... Pero, para no mentir, voy á matar yo misma la cotorra. Y diciendo y haciendo dirigíase á la quinta cuando Gabriel deteniéndole vivamente, exclamó:

—Basta, Klerbbs; nada desconfío ya de vos. Dejemos vivir á Sliga.

—¿Apotemos á que teneis celillos tambien de la cotorra?

—De todo los tengo, Klerbbs; de la flor que toca, del árbol que mira, de la hamaca donde se mece, del aire que respira, de la brisa que juega con sus cabellos, del indri que retoza en su alrededor; en fin, de cualquiera que la prodiga una sonrisa ó una lágrima; de todo lo que la proporciona un instante de felicidad.

—Dad entonces gracias á los tigres, mi querido Gabriel ¿Qué sería de vos si aun viviese su poderoso marido? Con un ápice de razon hay para consolarse de los celos del árbol, de la flor, de la brisa, del pájaro; pero, tratándose de un marido. ¡Oh! ¡un marido!... La desesperacion os ahogaria.

—¡Sí!

—¡Benditos sean, pues, los tigres!... Ahora, Gabriel, voy á descubrir el secreto de mi sacrificio para con vos, el que, á no hallaros acalorado, tratariais de fabuloso. No hay servicio que yo no hiciera á favor vuestro; y si amase á Heva, creédmelo, renunciaria á ella por dejaros complacido: hasta tal grado alcanza mi amistad.

Me recordásteis ha un momento la terrible noche en que tuvo principio; pero, habeis olvidado una cosa, el grito de heroísmo lanzado de lo profundo de vuestro corazón con un acento sublime de verdad que vibra aun en mi alma. ¿Lo habeis olvidado, Gabriel?

—Probablemente....

—Obrais como francos olvidándolo y, yo obro como inglés acordándome eternamente de aquella escena del árbol de Lutchmi, cuando esclamásteis, llevando la mano á los cabellos y con ojos relampagueantes de valor:—

—¡Oh! preciso es socorrerle á cualquier precio. Aquel á quien queriais salvar... era el marido de Heva.

—Y si hoy viviese haria otra vez lo mismo, pues en eso nada olvidamos de extraño. ¿No os portasteis como yo?

—¡Como vos!... al revés, os detuve; que no me siento yo con bastante heroísmo para arrostrar la furia de todos los tigres de Bengala en beneficio de un marido indiano. Me postro ante el héroe; pero sin imitarle: de consiguiente, si existe en la actualidad un hombre digno de Heva, sois vos; habeis ganado ese paraíso.

—Entretanto suba á él, estoy en el infierno.

—Paciencia, mi querido condenado, paciencia! En este mundo nada peca de estadizo, ni siquiera la desgracia... por hoy echemos suelta á los lamentos y entremos, para que no noten que faltamos.... ¿Me permitis, amigo mío, que proponga una partida de ajedrez á nuestra Heva?

—No.

—¡Que no tan seco! Es el elixir del despotismo en dos letras.... conozco que empaña todavía vuestro corazón una sombra de desconfianza, y quiero estinguirla.... Gabriel, creéis que Heva me ama.... ¿no es verdad?... ¡Cál! me detesta, y he aquí la razon: soy el único á quien no ha logrado uncir á su palanquin. Inútiles han sido sus tretas para conmigo; sus mortales miradas no me han robado la existencia; sus melodías de sirena han venido á tropezar con un sordo. A caer yo en el lazo, en el momento mi nombre hubiera sonado en medio de las carcajadas con que divertía á su marido. No les he querido proporcionar este placer; pero la orgullosa Heva ha considerado mi estudiada frialdad como un insulto á sus siempre vencedores encantos, y no teniendo amor que regalarme me ha regalado su aborrecimiento. Figuróse esta mañana que volvía arrepentido; pero mi lenguaje la ha desengañado, estimándome en vez de aborrecerme, desde que bajo aquellos árboles la he dicho mi secreto, esto es, mi matrimo-

nio y mi antigua pasión. Así su amor propio de coqueta ha quedado satisfecho, despidiéndose alegremente de mí con estas espresiones:—«¡Ah! sir Eduardo, ¡de seguro me hubierais amado en caso de estar libre!—Os hubiera adorado de rodillas, la respondí.» En seguida visteis como se fué corriendo, con pies de gacela hacia su hermano Talaiperi.

La radiante sonrisa y el brillo de la juventud, aparecieron de nuevo en el rostro de Gabriel. Los dos amigos hablaron afectuosamente un breve instante, y se dirigieron luego á la habitación.

Mientras atravesaban la azotea, acercóseles tristemente uno de los españoles enamorados de la viuda, y les dijo:

—¿No sabeis lo que pasa, señores?

—No lo sabemos, contestó Klerbbs.

—Pues oid. Los dos abogados de Heva acaban de llegar de Madrás con la decision del consejo colonial. Toda la fortuna de Munusamy pertenece á su hermano; y á Heva no la queda ni siquiera su dote.

—¿Con que está entonces arruinada? exclamó Gabriel trasportado de alegría. ¡Oh! todas las dichas me llegan de golpe!

—Es un proceder digno de la política inglesa, prosiguió el español, sin atender al grito de Gabriel, pues han querido asegurar de esta suerte la fortuna mas considerable de la India contra los caprichos mugeriles confiándola á uno con cuya adhesión cuentan y á quien naturalizarán inglés cuando se les antoje. ¡Qué injusticia! ¡Ni aun el dote...! Dicese que no hubo contrato.

—Perfectamente juzgado, respondió Klerbbs; apruebo la decision del tribunal.

El español miró de hito en hito á Klerbbs, y en seguida corrió á anunciar la noticia á sus compañeros de infortunio.

—Gracias á Dios, dijo Gabriel, que me encuentro á mis anchas con respecto á la hermosa viuda, sin que mi delicadeza se resienta en lo mas mínimo. Antes me hacia temblar la idea de que achacase mi amor á una especulacion de aventurero; pero, ahora...

¡Oh! esta tarde, esta tarde me declaro. ¿Qué os parece?

—El momento es favorable, si los hay. Como logreis hallaros con ella á solas, aprovechadlos de la ocasion.

Cuando entraron en el vestibulo, Talaiperi y los dos abogados estaban hablando en voz baja del asunto de la herencia; y al propio tiempo, Heva, cuyos miembros descansaban muellemente tendidos en un divan, alzó la cabeza y dijo:

—Señores, una hora hace que me teneis fastidiada con vuestros enojosos murmullos. Id á decir á los jueces coloniales que son unos tontos, y acabóse la cuestion.

Enderezando la palabra luego á los dos jóvenes, les dijo con un tono de hechicera alegría:

—Dadme la enhorabuena, pues acabo de perder diez millones.... ¿Quereis que los juguemos al ajedrez, sir Eduardo?

—Señora, respondió Klerbbs, no soy suficientemente rico para jugar con vos, quedándoos como aun os quedan vuestra gracia y hermosura. A ser yo el Perú, me apostaria contra este resto de vuestra fortuna.

—Y el Perú perderia, sir Eduardo.

—Tanto mejor para él, pues siquiera serviria de algo. No pretendo con esto esquivar el acompañaros, señora; pero, os dais tal prisa en ganarme, que.... ¡Vamos! Os voy á proponer un adversario mas digno de vos.... mi amigo Gabriel. El ha jugado con Deschappelles en París, y con el bramin Tieki en Djagrenat.

—Pero he llevado siempre lo peor, dijo Gabriel adelantándose con suma viveza que se empeñaba en disimular.

—¿Con que el señor ha jugado con Deschappelles! repuso Heva. ¿Y qué ventajas os daba?

—Rubor me cuesta confesaroslo, señora; me cedia la reina.

—Deschappelles cedia á mi tío, el gran juez de Batavia, un peon y dos salidas. Jugaron en Anvivos. Colocad vuestras piezas, Mr. Gabriel.... ¡Pero si poneis á vuestra reina negra en el escape blanco!... Estais distraido.... Esos peones salen de la linea.... Ya están bien.... A vos os toca empezar, Mr. Gabriel, pues sois mi huésped.... ¡Ah! el ganvito de la reina! Esto es nuevo en la India.

—Pero ¿no interesais en algo la partida? preguntó Klerbbs.

—Es preciso, respondió Heva; la posta será....

—¿Me permitis la eleccion? preguntó Klerbbs.

—Elegid, sir Eduardo.

—Si Gabriel pierde, os escribirá entonces un soneto; y si perdeis vos, le dareis vuestra cotorra.

—¡Corrientel! dijo Heva.

—Voy á ir preparando una jaula para Sliga, repuso Klerbbs.

—No la echéis de fanfarron por cuenta agena, añadió la viuda.... ¡Jaque al rey.

—¡Tan pronto! dijo Klerbbs. ¿Aun estais en la cuarta jugada, señora, y ya aspirais al mate?... Es el jaque pastor.... Bien conocido, como que es invencion de un pastor de la India.

—He perdido, exclamó Gabriel.

—Una inadvertencia dijo Heva; principiemos otra vez.

—Bien veis que no sé jugar, contestó Gabriel riéndose.

—Pues pagad entonces, dijo Klerbbs; he aquí mi lápiz y papel de China.

Gabriel cogió y escribió el siguiente soneto.

## A UNA HERMOSA VIUDA.

Por mi inconstante estrella arrebatado,  
El cabo de Hornos, la Laponia, mares,  
Rios sin fin, en medio á mil azares,  
Sin detenerme nunca he visitado.  
Iguales para mí la villa, el prado,  
La zona fria, la templada, altares,  
Desiertos y jardines y pinares,  
He por do quiera hasta el presente hallado...  
Y al ir á continuar la ardua tarea  
Por entre flores ora, ora entre abrojos,  
Ya la ciudad hollando y ya la aldea,  
Pone fin de improviso á mis antojos  
¡Ay! de Tineveli la Citerea,  
Dándome un mate sus divinos ojos!...

—¡Precioso! dijo Heva tomando el papel; dejad que lo vuelva á leer.

—¡Cál!... objetó Klerbbs; en Dromtheim y en casa del obispo de Islandia, primer jugador de ajedrez de los países frios, vendria de perlas; pero, en el corazón de la India, amigo mío, vuestro soneto no quema demasiado.

—Silencio, sir Eduardo, repuso Heva golpeándole la cara con una mata de moneta, sois un celoso insufrible. Los versos están que encantan, y de seguro que no se los habreis nunca dirigido mejores á miss Erminia.

—Aguardo á que sea mayor de edad, pues respeto mucho las minorias. En Tranquebar la gente peca de murmuradora.

—Mr. Gabriel, dijo Heva, iba á convidaros para que os desquitaseis bajo las mismas condiciones; pero, he allí á mi buen cuñado que viene á decirme al oído hoy su sétimo secreto. ¿Si querrá devolverme mis diez millones? Aun así, siento dejaros.

Levantóse Heva, presentando su mano á Gabriel con la gracia de una joven reina, y nuestro héroe, embriagado de alegría y olvidándose de que tenia labios, besó aquella hermosa mano con la frente.

—¿No teneis otra para mí? preguntó Klerbbs inclinándose.

—¡Id á casaros! respondió Heva, y se retiró.

Con su salida vió Gabriel apagarse el rayo de luz que alumbraba la sala.

Aquel día no volvió Heva á presentarse ni para comer; con lo que la comida estuvo tristísima. Decíanse en voz baja unos á otros los convidados que un indio de los campos habia anunciado la llegada á Madrás de Mirpour y Goulab, prendidos en Calcuta, y que se iba á celebrar su juicio dentro de dos días, noticia que despertaba dolorosos recuerdos en Heva, principiando espresémosos así, de nuevo su viudez. De aquí se tomó pie para dudar de la sinceridad de su alegría, siendo tan fácil representar en el mundo el papel de alegre como el de triste.

Klerbbs y Gabriel se retiraron temprano á su aposento. El último se habia apoderado del primero, constituyéndose su guardian, so color de hablar y fumar juntos hasta media noche.

Mostrábase el cielo sombrío y tempestuoso. El trueno retumbaba hacia el Sur y los relámpagos iluminaban el lago convirtiéndose en un espejo ardiente. Venian del horizonte sordos rugidos y ecos de rechinantes rayos. Recostáronse ambos amigos en el balcon, tras la flotante cortina de flores parietarias, guardando entre sí aquel misterioso silencio que reina en las mansiones de los hombres siempre que el cielo indiano habla al desierto.

De improviso se aproximó Gabriel á Klerbbs con precaucion, le miró sin pestañear, torció luego la cabeza, é inclinándose por último á la parte del lago, pareció decirle: ¡Mira!

## VIII.

## UNA NOCHE DE TERROR.

Detúvose el aliento sobre los labios de Gabriel, y Klerbbs, restribando su cabeza en el maynel del balcon, siguió al través del tegido de flores la direccion indicada por el movimiento de su amigo. Entouces percibió al extremo de las tenebrosas olas del lago, ayudado por la rápida luz de un relámpago, el perfil de un hombre que se desprendia de un fondo luminoso.

En Europa y en otras campiñas, casi tan pobladas como las ciudades, semejante aparicion no escitaria desconfianza alguna; pero en un punto apartado de la provincia de Madrás, y en aquella época de la colonizacion, la presencia de un ente humano á la media noche y en medio de un desierto era espantosa.

Nada tenia, empero, la habitación por que temer de un enemigo aislado; hasta se hallaba defendida contra los ataques de los hombres y de los animales, puesto que su única puerta, triplemente ferreteada, rodaba sobre goznes de bronce, como la de una pagoda, y las ligeras persianas de las ventanas bajas se respaldaban en coginetes de metal, claveteados á manera de los mostradores de los banqueros ingleses. Este sistema de fortificacion doméstica bastaba para quitar á los indios prófugos y á los peones infieles las ganas de acometer, sin contar el que nadie, en las altas horas de la noche, se atrevia á acercarse á la quinta, porque los tigres, atraídos del olor de los bueyes y caballos, acudían á dar saltos en derredor de los establos, desapareciendo co-



mo aves de rapiña al encontrarse con la terrible inmovilidad de las puertas, que parecían mirarlos con sus cerceras redondas é iluminadas. Los tigres negros, como mas osados, se acurrucaban á veces, á modo de esfinges, sobre los mármoles de la azotea, paseando en torno sus tranquilas é insolentes miradas, á fuer de dueños del universo durante la noche. Son estos los monstruos mas horribles del Asia, y dirigen la vista al hombre con particular atención, clavando en él sus grandes ojos, cuyas órbitas de ébano rodea un círculo de azogue.

Klerbbs retrocedió de puntillas, abrió poco á poco la caja de sus pistolas, y con una en cada mano volvió á recobrar su puesto en el kiosko, no sin apagar antes la lámpara.

Siempre que relampagueaba, se distinguía el sombrero y movedizo perfil humano en medio de aquellas masas tenebrosas, y no obstante la rapidez de la chispa eléctrica, era posible ver el movimiento ondulatorio que formaban los cabellos de la fantasma del lago.

Aplicó Klerbbs sus labios al oído de Gabriel, y le dijo en una voz tan baja que casi equiparaba al silencio:—A buen seguro que un amigo viniese en semejante noche y con su cabeza descubierta á situarse así á orillas del Tinnevely, en medio de los tigres.

—¡Es verdad! contestó Gabriel en el mismo tono.

—Luego es un enemigo, repuso Klerbbs.... El lago dista de aquí unos cincuenta pasos.... ¿no os parece?

—Poco mas ó menos.

—Los voy á medir con una bala.

—Aguardad.... oigo ruido en la calle de árboles.... las hojas secas se mueven.... Es el pobre Soura que con el miedo del huracán acude á pedir asilo!.... Tiene mucha inteligencia ese perro... Ved como ha encontrado un rastro y se para.... Vedle alongar el hocico hacia el lago.... Ahora se achica y camina con la barriga pegada al suelo, hacia el punto donde está la aparición.

Klerbbs disparó, aprovechándose de un relámpago, y el pistoletazo retumbó como un trueno en aquella soledad cuyos ecos se cuentan á millares. Un silencio de muerte tornó luego á esparcirse por las orillas del Tinnevely.

—¡Horrible misterio! dijo Gabriel; Soura no ha ladrado.

—Ahora que la fantasma está muerta, añadió Klerbbs, bajemos, y vamos á cazarla. Como que no he visto en mi vida una fantasma indiana.

—¿Y de dónde sacais que esté muerta? preguntó Gabriel.

—¿De dónde?... Respondedme ¿no la hice yo fuego?

—Sin duda.

—Pues está muerta.

—¡Y ese perro que no ha ladrado, que se aproximó á la aparición y que no vuelve...! ¡Soura! ¡Soura! ¡Soura!

—Voy á llamarle yo, y vereis como corre.... Es preciso figurar el acento de un bonzo resfriado... ¡Soura! ¡Soura! ¡Soura!... Alta abajo hay un eco que no duerme y que me imita á las mil maravillas... ¡Soura! ¡Soura! soy porfiado como un inglés y quiero que Soura vuelva!... ¡Qué diablo de nombres dan los indios á sus perros!... Pero bajemos... Cargaré de antemano la pistola... Armaos vos tambien, Gabriel... Gracias por haberme hecho venir de Tranquebar, pues es tal mi gusto por esta clase de aventuras, que... ¡Vamos esto se llama vivir! ¡Comprendeis á los que creen que solo cabe existir sobre un montón de cieno, bien remojado á fuerza de llover, que se ha convenido en denominar una capital del Norte de la Europa?... Bajemos de una vez.

—¡Klerbbs! ¡Klerbbs! dijo Gabriel sin dejar el kiosco, la hemos hecho buena, olvidándonos de... Oigo ruido en los cuartos... Vuestro imprudente pistoletazo ha despertado á todos!

—¿Y qué? volverán á dormirse.

Efectivamente, en la fachada opuesta al lago se dejaban oír rumores de pisadas y el rechinar de las ventanas al abrirse. Gabriel señalaba con el dedo á su amigo la móvil claridad de las lámparas encendidas reflejándose en las negras cúpulas de los vecinos bosques.

—¡En el nombre de Dios, dijo Gabriel, no asustemos á Heva! Partiría entonces para Madrás, y á Dios mis amores.

—Yo me encargo de referirla un cuento. Punto en

boca vos, que todo lo maleais con vuestras distracciones de estudiante enamorado.

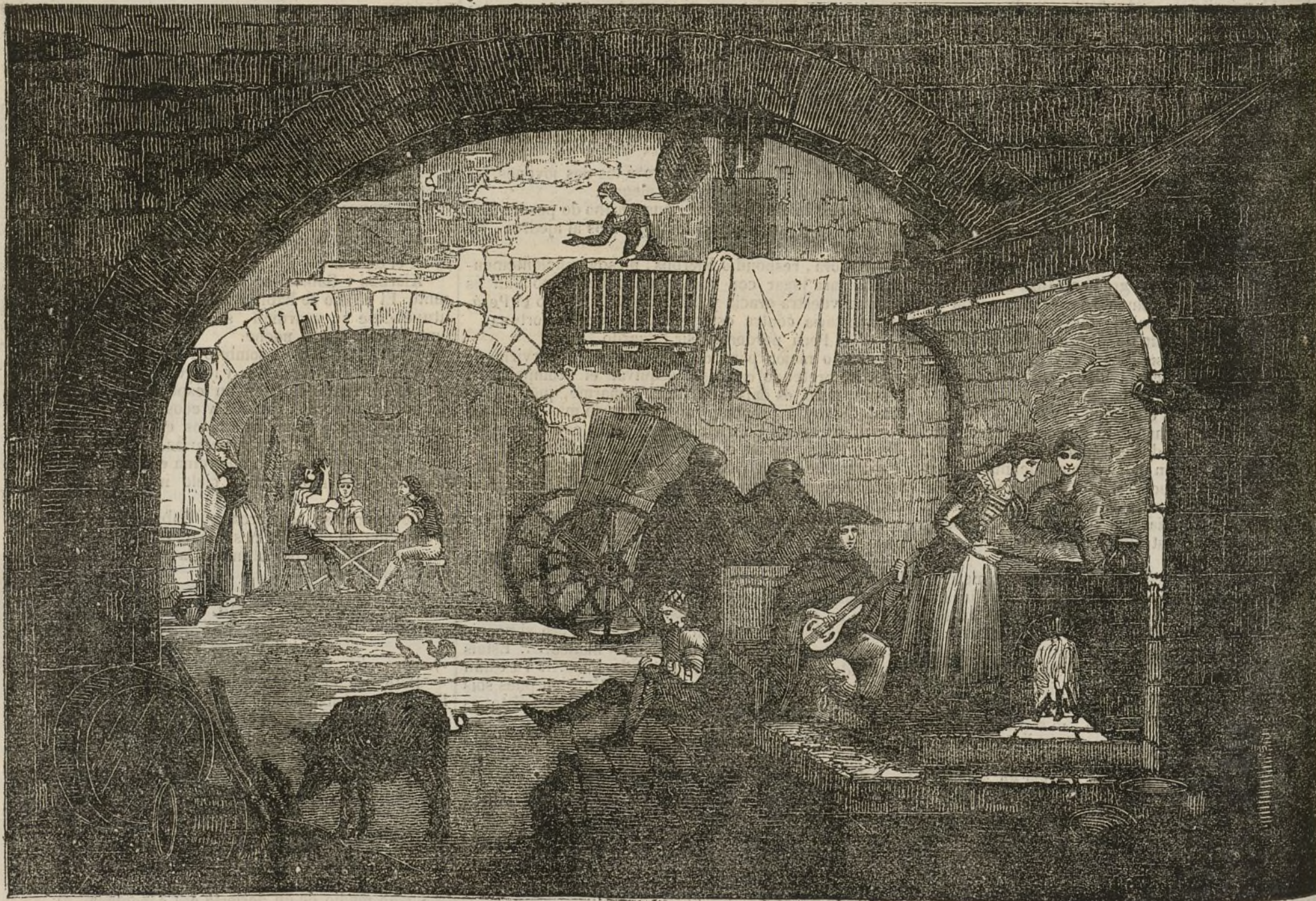
—¡Chito! dijo Gabriel... Toca á la puerta de nuestro cuarto.

—¡Abramos, pues! añadió Klerbbs sin alterarse. Verificado así, entró Talaiperi. Un baño de horrible palidez se derramaba por su rostro, á despecho de su tez de bronce, y su voz revelaba una conmoción tan grande que al principio no comprendieron ambos amigos lo que quería decirles. Solo a la segunda explicación pudo adivinar Gabriel que la hermosa viuda les invitaba á bajar á su aposento, situado en el piso inferior.

Klerbbs y Gabriel obedecieron al instante. Salvaron de un brinco la escalera, y se les introdujo en una magnífica habitación que no habían vuelto á hollar pies humanos desde la víspera de la cacería de tigres.

Estaba Heva, sentada en un sofá, con un encantador vestido de mañana; habíase puesto el sari de las señoras indias de alto rango, y anudado á la garganta un chal de la China, pintado y ligero como alas de mariposa. Sus pies jugueteaban en el terciopelo de la sandalia de las odaliscas, y los bucles de su cabellera, llevados hacia atrás desaliadamente por medio de lazos de cendal y cintas, permitían disfrutar del admirable aspecto de sus sienes y frente. Una anchá y viva lumbre, erizada como un rizo de dorados cabellos sobre la arandela de un candelabro, alumbraba el promedío de la sala, dejando sumidos en una suave y misteriosa opacidad los muebles, la tapicería y los adornos. Meramente se distinguían dos cuadros de color brillante y pajizo, mas bien bordados que pintados por artistas de la India: uno figuraba á la huri celeste, montada en un fantástico camello con rostros de mujer en cada una de sus rodillas; y el otro al Suria, (el sol) y á su conductor Aruna, dirigiendo el carro luminoso por un caballo con siete cabezas. Un perfume igual en blandura al que Ceilan envía á Coromandel, cuando abre por la tarde el cofrecito de sus conchillas, un perfume de tocador indiano, parecía desprenderse de la alcoba y embalsamar el templo de Heva.

(Se continuará.)



TIPOS PERDIDOS.—Vista de una posada española á mediados del siglo XVIII.

#### EFEMERIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 24 DE FEBRERO.—Año de 1844. Accion de Priego en Castilla.—1839. Accion de Nanclores.

Dia 25.—1837. Accion de Hostal de Farriols.—1839. Accion de Figuerola.

Dia 26.—1809. Se forma un ejército en la Mancha para oponerse á la entrada de los franceses en Andalucía.

Dia 27.—1844. Batalla de Orthez entre el mariscal

Soult y el duque de Wellington: los franceses tuvieron una pérdida considerable. 1838. Accion de Cherta.—1840. Defensa de Benavarre.

Dia 28.—1808. Los franceses se apoderan de la ciudadela de Barcelona y del castillo de Monjuich.

DIA 1.º DE MARZO.—1824. Se encarga el brigadier Rodil del gobierno de la plaza del Callao (América).

Dia 2.—1808. El ejército francés compuesto de 400,000 hombres, ocupa como aliado varias plazas.—El español constaba en esta fecha de 41,200 hombres.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Su Magestad al reino impera, mas los ministros refrendan las órdenes.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.